

Callejón del Gato Torre de Juan Abad

José Ramón Enríquez

Un amigo de tiempos juveniles en Madrid nos reservó hotel en la Calle de la Ballesta. Uno de los que recordaba ese maestro que, tras la cárcel, fue represaliado por pueblecillos de la geografía española hasta el 1968 en que llegamos. Tenía gracia porque la Calle de la Ballesta era territorio de mariposas nocturnas mientras que nuestro hotel llevaba el nombre del mismo secretario áureo de Felipe II. Carne había de esperpento.

Desde ahí, mi padre me condujo a la Plaza Mayor y, por fin, al Callejón del Gato. ValleinclanESCO, mi padre escogió este párrafo de *La lámpara maravillosa* como epígrafe para su libro *Las tres celdas de Sor Juana*: “Tres lámparas alumbran el camino: temperamento, sentimiento, conocimiento”.

En un lugar de La Mancha cuyo nombre recuerdo, Torre de Juan Abad (fue su señor Quevedo), nació mi padre en 1900 y de ahí comenzó un exilio de huérfano que acabó de refugiado en México, más o menos, a la edad que hoy cargo. No “era hidalgo de los de lanza en astillero ni adarga antigua”, aunque “se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio”. Enríquez Calleja, don Isidoro o, simplemente, el profesor Calleja, era maestro de primera enseñanza, y aunque hubo quienes se inventaron títulos, cursó aquí la Normal Superior para obtener base de segunda enseñanza en el Poli, la UNAM, colegios del exilio. En los que pudo, ya fueran de curas, monjas, militares: había que alimentarnos. ¿A cuántos alumnos desde esa edad primera enamoró mi padre de las letras? Llegados niños como refugiados, desde Tomás Segovia, de 1927, o Rius y Souto, de 1930, hasta ya mexicanos como Alberto Ruy Sánchez, de 1951.

Alberto un día me preguntó por qué no escribía sobre mi padre. Me escapé, como decía él, por peteneras. La verdad es que cargo con la vergüenza de un océano de preguntas que no hice cuando lo tuve tan lleno de gracia, vivo y a mi lado. Pudo ser en el viaje a ese pueblo suyo que abocetó en páginas de memorias bajo el título de “En el confín de La Mancha”, en una revista del exilio que llevaba en el nombre un proyecto federal: *Las Españas*.

Mientras Franco viviera él no quería volver pero lo convencimos de que podría morir antes que él. Así fue. Y llegamos a Madrid para bajar después hacia la Torre de Juan Abad, casi ya frontera con Andalucía. En Infantes tomamos un taxi: Isidoro, que se fugó muy pequeño con su Pepe y su Fernando, más pequeños que él, para encontrar en Madrid a su Paca, hermana mayor, porque vida de huérfanos en el pueblo no era vida, volvió en taxi conmigo que llevo los nombres de mi tío y de mi abuela.

Hay algo en mí que, con humor agri-dulce, mi padre llamaba “el ramalazo”. Lo entiendo como el hueco de un lustro o una década entre mi edad emocional y la cronológica. No consigo madurar y temo hacerlo porque significa caer del árbol y comenzarme a pudrir. Lo traigo a cuenta porque en la Calle de la Ballesta no tenía 23 años, sino 13, 18 acaso y a duras penas. Ya era alcohólico y, en bares de esa calle, charlé por horas con damas de la noche de cómo puede amarse algún cometa. Resultado: pasar la mañana dormido con resaca y curarme la cruda en la tarde sin posibilidad de hablar con él.

Cuanto sé, se lo he plagiado. Entro a saco en la memoria que guardo suya. Repito e imito mal las que fueran sus caden-



Don Isidoro Enríquez Calleja

cias al decir maravillosamente algún poema. No aprendí nada nuevo. Me bebí mi juventud a pico de botella y tragos grandes. Ni oficio ni beneficio llegué a construir más allá de la suerte de ser el hijo del profesor, de ser Isidorito y presumir de ello. Ahora mismo, aquí, entre los espejos que me duelen y alargan en el Callejón del Gato.

Una tarde, maravillado de cómo a fuerza de pan y en danza rítmica con navaja como único instrumento se daba cuenta del pisto y los conejos, me echaron para beber del fino, ya cosa de mayores. Borracho de larga data, sonreí pero, obediente, me fui al encuentro casual con una figura de picaresca cervantina. Apenas en susurro, preguntó: “Oye tú, el de Isidoro: esos, sin los aviones de Hitler, ni nos ganan ni na”. Afirmé con un movimiento de cabeza y al que llamaban Tonto del Pueblo me otorgó la visión de sus encías vaciadas a culatazos y se largó, feliz, arrítmico danzante.

Hoy a esa llanura tan seca quieren hacerla cementerio nuclear por Cuenca y mina de extraños minerales que la “nanotecnología” dice encontrar en esa Torre de Juan Abad que siento pobre y mía. Pero yo me resisto a escribir algún alejandrino como este: “neodimio, praseodimio y europio en lontananza”. **u**